



# SANCHO PANZA.

REVISTA SATÍRICO-BURLESCA DE LITERATURA, COSTUMBRES, ARTES Y TEATROS.

## COLABORADORES.

ESPAÑA.—Abarzuza don Ventura.—Arcos y Perez (D. José).—Benjumea don Nicolás Diaz.—Benavides don José.—Cánovas del Castillo Ilmo. Sr. don Antonio.—Campillo don Narciso.—Escalante don Amable.—Franquelo don Ramon.—Fabié don Antonio Maria.—Gonzalez de la Vega don José.—Grimaldi don Ambrosio.—Guzman don José Maria.—Hiralde de Acosta don Manuel.—Hidalgo don Francisco de P.—Hernandez don Isidoro.—Helguera don José de la.—La Abadía don José Saenz.—Lamas don Francisco Bustamante.—Lamarque y Novoa don José.—Llofriu y Sagrera don Eleuterio.—Mosquera don Ricardo.—Marin don Juan Manuel.—Morera don Guillermo.—Pongilioni don Aristides.—Rando y Barzo don Manuel.—Ruiz don Idelfonso Antonio.—Rodriguez Correa don Ramon.—Redondo don Antonio.—Salas don Manuel de.—Utrera don Federico.—Velazquez y Sanchez don José.

HABANA.—Señora doña Luisa Perez de Zambrana.—Ariza don Juan de.—Ferrer del Couto don José.—Guerrero don Teodoro.—Martinez Villergas don Juan.—Zenea don Juan Clemente.—Zambrana don Ramon.

## LAS MUJERES DE MODA.

ARTÍCULO SEMI-SERIO EN CUATRO ACTOS.

### ACTO PRIMERO.

Estamos en un gabinete de tocador, adornado con gusto y elegancia; sentada en una butaca de damasco azul lee una niña como de diez y nueve años en un libro en cuyo lomo se lee en letras de oro, ALFONSO KARR, UNA HORA MAS TARDE. La niña está embebida en su lectura y no percibe el leve crugido de una puerta: entra una señora de alguna edad; se dirige á la butaca y apoyándose en el respaldo, esclama con la vista fija en la novela:

—Siempre leyendo tontunas... en lugar de coser ó de hacer media... yo la recogeré á V. todos los libros; ¿qué diria cualquiera que entrase? Es V. una holgazana y luego pretenderá V. casarse.

—Pero mamá, hazte cargo á mi edad.

—A tu edad, tú misma te vas creyendo que tienes

la edad que dices: recuerda, Adelaida, que aunque decimos que tienes quince años has cumplido ya los diez y nueve; que no te has casado, y que á este paso me vas á quitar la vida... holgazana...

—Pues yo no he de andar todo el dia hecha una criada ea... no, no, y no.

Suena una campanilla.

### ACTO SEGUNDO.

Entra un criado anunciando al señor Olivenza. Olivenza es casi un capitalista joven, buen mozo y elegante.

Antes de que entre en el tocador, la mamá oculta el libro, pone en manos de su hija una labor, y esclama dirigiéndose á Olivenza que asoma por la puerta:

—¡Cuánto tiempo sin verle!

—Señora, en Madrid quiere uno muchas veces cumplir y sin quererlo falta... pero ¿cómo están Vds. y la bella Adelaida siempre trabajando?

—Ay sí, señor, dice la mamá, yo quiero que mi



hija sea mujer de su casa y sepa cómo se hacen ciertas cosas... Pero tome usted asiento, Olivenza.

Se sienta Olivenza y dirigiéndose á la niña dice:

—Se divierte V. mucho?

—No, señor, si apenas salgo, he estado estos dias muy ocupada concluyéndome un vestido.

—Eso sí, dice la mamá, mi hija es muy habilidosa, ¿querrá V. creer que se ha hecho sola un vestido?..... y además, mas vale que esté en casa trabajando que no todos los dias en el Prado, de revista.

Así continúa la conversacion un rato, no perdonando la mamá ocasion de alabar las buenas cualidades de su hija.

Olivenza sale en estado de incubacion matrimonial.

### ACTO TERCERO.

Estamos en el mismo gabinete. La SUEGRA, ÉL y ELLA están sentados en un sofá.

EL. Es preciso señora, que esta cuestion se arregle pronto, yo no puedo vivir sin Adelaida, yo la necesito.

ELLA. ¡Te amo tanto!

LA SUEGRA. Amigo mio, LA VICARIA NO SE ARREGLA EN UN DIA... esta gente jóven... y luego Vds. hacen muy poco tiempo que se conocen.

EL. Señora, yo amo á su hija de V. con pasion, con un amor eterno, grande, puro; sin ella no hay nada para mí en el mundo; yo la quiero con toda mi alma y...

LA MAMÁ (aprovechando la oportunidad.) Aunque no viene á cuento, vuelvo á decir á V. que mi hija no tiene dote; no tiene mas que su brillante educacion, brillante, eso sí; pero nada mas...

EL. ¡Ah señora! teniendo esa cara y ese corazon, ¿qué mas se puede apetecer?

ELLA. Lisonjero...

LA MAMÁ. Bien, hijos míos, lo que yo deseo es verlos bien casados... (Cae el telon.)

### ACTO CUARTO.

El teatro representa el interior de una casa decentemente amueblada.

EL. (ya casado.) Esto no puede seguir así; yo tengo que atenerme á mi modesto sueldo; no puedo gastar tanto.

ELLA. (acalorada.) Y bien ¿qué quiere V. que yo haga? ¿por ventura pretende V. que esté hecha una criada trabajando?

EL. Pues esto no puede continuar, y si no eche V. la cuenta de lo que se gasta (1): ¿por qué no trajo V. capital?

ELLA. Por que traje mi brillante educacion.

EL. No sabe V. hacer nada.

ELLA. Se equivoca V.; sé hacer flores; tirar al florete, lenguas vivas.

EL. Con eso no se come.

ELLA. ¿Por qué no trajo V. un patrimonio?

EL. Porque traje mi carrera de abogado.

ELLA. ¿Por qué no trajo V. pleitos?

EL. Porque no me los dan... además es menester que orillemos otra cuestion entre los dos; es preciso que hoy mismo salgan de mi casa mi suegra y los cuatro chiquillos de tu hermano.

ELLA. Eso nunca; yo no puedo hacer un feo á mi mamá.

(1) He observado que cuando los matrimonios empiezan á ajustar cuentas huye la paz doméstica.

EL. Pero yo puedo hacérsele á mi suegra.

ELLA. Es V. un infame.

EL. Usted quiere arruinarme.

ELLA. (llorando y pateando.) ¡Dios mio, por qué me habré casado con este hombre! (Cae el telon.)

Octubre 17 de 1861.

Juan Valero de Tornos.

## A UN PAJARILLO.

Vuela, pajarillo, vuela  
de flor en flor, rama en rama,  
hasta llegar á dó vive  
la que mi pecho idolatra.

Dila que vivir no puedo  
sin ver su sonrisa cándida,  
dila que muero de enojos  
al ver que su amor me falta.

Dila que de mi existencia  
se vá estinguendo la llama,  
y que el pecho há ya perdido  
en sus pesares la calma.  
¡Ay! pajarillo, tu vuelo  
haz que llegue hasta mi amada.

Dila que nunca su imagen  
podré del pecho borrarla;  
que ella consuela mis penas,  
que ella detiene mis lágrimas,  
que si infiel á mis amores  
ha sido en mi ausencia larga,  
que yo mas la amo y la adoro,  
que es mi pasion tan volcánica,  
que cuando no está á mi lado  
mas mi pecho le idolatra.  
¡Ay! pajarillo, no vuelvas  
sin decírselo á mi amada!

Haz por posarte á su lado  
un momento á contemplarla,  
que es su semblante mas bello  
que la rosa nacarada,  
y decirla que tú eres  
el mensajero de tantas  
desdichas como yo sufro  
en mi destierro y desgracia.  
¡Ay! pajarillo, haz por darle  
un beso á mi prenda amada!

Si indiferente la encuentras  
á tus sentidas palabras,  
si de mis quejas no escuchas  
las súplicas y plegarias,  
tiende tu vuelo y desprecia  
de una mujer la incenstancia.

Mas si empero la hallas triste  
y te acaricia y halaga,  
y entre sus brazos te acoge  
besándote enamorada,  
haz por imprimir un beso  
en sus sienes sonrosadas,  
un beso de amor que abraza



á un tiempo su pecho y alma....  
no vuelvas, pájaro mio,  
sin ver á mi prenda cara.

No tardes, no, vuela, vuela,  
que mi paciencia es ya harta;  
y no vuelvas, pajarillo,  
sin que te bese mi amada.

José de Arcos y Perez.

## CUENTOS ALEMANES.

### LA PESCA MILAGROSA.

(CUENTO FANTASTICO.)

#### I.

En una mañana del mes de setiembre de 1850, el anciano pintor de marinas, Andrés Cappelmanns, mi digno maestro, y yo, fumábamos tranquilamente nuestra pipa en la ventana de su taller, situado en el último piso de la antigua casa que hace esquina á la derecha de la calle de los Brabantinos, sobre el puente de Leyda, y apurábamos un jarro de AELE á nuestra reciproca salud.

Contaba yo entonces diez y ocho años, mi cabeza era rubia y rosado mi semblante; Cappelmanns frisaba en los cincuenta; su gruesa nariz roja adquiria tintes azulados, sus sienes se plateaban, plegábanse sus ojitos grises, y profundas arrugas surcaban sus morenas mejillas. En vez de la pluma de pavo que en otro tiempo hacia su gloria, acababa de adornar su fieltro con una sencilla de cuervo.

Hacia un tiempo magnífico. En frente de nosotros se extendía el viejo Rhin; algunas nubes blancas cruzaban por encima en el azul: debajo dormía el puerto con sus grandes buques negros, con la vela colgando, el sol se reflejaba en las azuladas ondas y hendían el aire infinidad de golondrinas.

Ambos estábamos allí, meditabundos, llena el alma de sentimiento; grandes hojas de parra circundaban la ventana, temblando al soplo de la brisa: elevábase una mariposa, tras de la cual volaban una bandada de gorriónes chillando; mas abajo, sobre el techo de la tienda, se habia parado un enorme gato rojo y miraba meneando la cola con aire meditabundo.

Nada mas tranquilo que ese espectáculo, y sin embargo Cappelmanns estaba triste y desazonado.

—Maese Andrés le dije de repente, parece que os fastidiáis?

—Es verdad, contestó, estoy melancólico como un asno á quien almohazan.

—¿Por qué? El trabajo va bien, pues teneis mas demandas de las que podeis hacer, y dentro de quince dias tenemos encima la KERMESE.

—¿He tenido un sueño atroz!

—¿Créeis en los sueños, maese Cappelmanns?

—No estoy cierto que haya sido un sueño, Cristian; pues tenia los ojos abiertos.

Luego vaciando su pipa al borde de la ventana:

—Creo que habrás oído hablar de mi antiguo compañero Van Marius, dijo; Van Marius, el famoso pintor de marinas, que comprendia el mar como Ruysdaël la campiña, Van Ostade el villorrio, Rembrandt los interiores sombríos, y Rubens los templos y los palacios. ¡Ah! era un gran pintor; delante de sus cuadros, no se decia: «¡Qué hermoso es!» Decíase: «¡Qué hermosa es la mar!... ¡qué inmensa y terrible!»—No se veia el pincel de Van Marius

ir y venir; pero la sombra de la mano de Dios extendíase sobre la tela. ¡Oh! el genio... el genio... ¡qué sublime don, Cristian!

Cappelmanns calló, apretando los labios, fruncidas las cejas, y las lágrimas en los ojos.

Veíale así por la primera vez, y su estado me sorprendió.

Al cabo de un instante prosiguió:

—Van Marius y yo habíamos estudiado juntos en Utrecht, en casa el anciano Ryssen, cuyas dos hermanas amábamos, y juntos pasábamos nuestras veladas en la taberna de RANA, como dos hermanos. Mas tarde, nos venimos á Leyda, cogidos del brazo.—Van Marius no tenia otro defecto que el ser mas aficionado á la ginebra y al SKIDAM que al AELE y al POTTER. Es preciso que me hagais esta justicia, Cristian, nunca me he achispado sino con AELE; por eso estoy bueno. Van Marius se achispaba por desgracia con ginebra. Si la hubiese bebido tan solo en la taberna, pase; pero tambien se la hacia traer hasta su taller; y solo cuando tenia una pinta en el estómago y los ojos le salían de la cabeza, trabajaba con entusiasmo. Entonces era preciso verle, era necesario oírle aullar, cantar y silbar. Mugiendo como el mar, cubria su tela de color con una actividad asombrosa; cada pincelada levantaba una ola; á cada silbido veíase acercarse las nubes, aumentar, y amontonarse. De repente, mojaba su brocha de bermellón, y el rayo se desprendia enseguida del firmamento negro bajando sobre las verdes olas, como un surtidor de plomo derretido... y en lontananza, debajo de la bóveda sombría, á lo lejos, muy lejos, descubriase una barca, un cutter, no importa que, aplastado entre las tinieblas y la espuma... Era espantoso!—Cuando Van Marius pintaba escenas mas tranquilas, hacia que el viejo ciego Coppelius le tocara el clarinete pagándolo á razon de dos florines diarios; disfrazaba su ginebra con AELE y comia salchichas para representar escenas campestres. Ya comprenderás, Cristian, que con semejante régimen de vida, debia deteriorar su temperamento. ¡Cuántas veces le habia dicho: «Cuidado, Van, cuidado, la ginebra te dará que sentir.»

»Pero, lejos de escucharme, entonaba un estribillo báquico con voz de trueno, y acababa siempre por imitar el canto del gallo, que era su placer favorito. Por ejemplo, en la taberna, cuando su vaso estaba vacío, en vez de golpear en la mesa como lo hace todo el mundo para avisar á la criada, agitaba los brazos lanzando co-co-rí-cocs! hasta que le habian llenado su pinta.

»Hacia largo tiempo que Marius me hablaba de su obra maestra: LA PESCA MILAGROSA, de la cual me habia hecho ver el bosquejo, que me admiró sobremanera, cuando una mañana desapareció súbitamente de Leyda, sin que nadie haya recibido despues noticias de su persona.»

Cappelmanns volvió á encender su pipa con aire meditabundo y prosiguió:

—Ayer noche, hallábame en la taberna del CANTARILLO DE ORO, en compañía del doctor Roemer de Eisenloeffel, y cinco ó seis antiguos camaradas. A eso de las seis, yo no sé con qué motivo, púsose Roemer á declamar contra las patatas, declarando que eran el azote del género humano; que desde su descubrimiento, los aborígenes de la América, los irlandeses, los suecos, los holandeses, y generalmente todos los pueblos que se entregan á las bebidas espirituosas, en vez de desempeñar su papel en el mundo se encuentran reducidos á cero. Atribuía esta decadencia al aguardiente de patatas, y mientras le escuchaba,—ignoro por qué singular evolución de mi espíritu,—me vino á la memoria el recuerdo de Van Marius: «¡Pobre anciano!» dije para mí, ¿qué



hace en estos momentos? ¿Ha terminado su obra maestra? ¿Por qué diablos no dá noticias de su existencia?

»Mientras reflexionaba sobre estas cosas, entró el watchman Zelig para avisarnos que era tiempo de salir de la taberna: daban las once.

Entré en mi casa con la cabeza algo pesada. Acostéme y me dormí.

»Pero hé ahí que una hora despues, Brígida la zurcidora de enfrente, que se le habian incendiado las cortinas, gritó: «fuego! fuego!» Oí correr por la calle, abro los ojos y ¿qué veo? Un enorme gallo negro enhiesto sobre un caballete en medio de mi taller.

»En menos de un segundo, las cortinas de la vieja loca se habian encendido y apagado por sí mismas. Todo el mundo se volvió riendo... Pero el gallo continuaba todavía en su sitio, y como la luna brillaba entre las torres de las casas consistoriales, ese singular animal me parecia un encantador. Tenia grandes ojos amarillos cercados de rojo, y con la punta de su pata se rascaba la cresta.

»Hacia al menos diez minutos que le estaba observando, preguntándome por donde aquel extraño animal habia podido entrar en mi taller, cuando, levantando la cabeza me dijo:

—Cómo, Cappelmanns, ¿no me conoces? Sin embargo soy el alma de tu amigo Van Marius!

—El alma de Van Marius! exclamé. ¿Van Marius es pues muerto?

—Sí, respondió con aire melancólico, ya no existe, pobre viejo mío. Me las aposté con Herodes Van Gambrinus, y bebimos dos días y dos noches sin parar. En la mañana del tercer día, cuando la vieja Judit apagó las velas, caí rodando debajo de la mesa! Ahora mi cuerpo descansa sobre la colina de Osterhaffen, frente del mar, y yo ando en busca de un nuevo organismo... Pero no se trata de eso: vengo á pedirte un favor, Cappelmanns!

—Un favor! Habla... cuanto puede hacer un hombre, lo haré por tí!

—Enhorabuena! prosiguió, enhorabuena! estaba seguro de que nada me rehusarias. Pues bien, hé aquí de que se trata. Ya sabes, Andrés, que me habia ido á la ENSENADA DE LOS ARENQUES, expresamente para concluir LA PESCA MILAGROSA. Por desgracia alcanzóme la muerte antes que pudiese dar la última mano á esa obra... Gambrinus la ha colgado como un trofeo al fondo de su taberna, lo cual me ha llenado de amargura... No estaré hasta que quede terminada, y vengo á pedirte que la concluyas. Me lo prometes, ¿no es verdad Cappelmanns?

Está tranquilo, Van, es negocio convenido.

—Entonces, buenas noches!

»Y en seguidita, bate el gallo las alas, y atraviesa una de mis vidrieras con un ruido seco, pero sin romper nada.»

Terminada esta extraña narracion, Cappelmanns dejó su pipa al borde de la ventana y vació la copa de un solo trago.

Los dos nos quedamos silenciosos por largo tiempo mirándonos el uno al otro.

—¿Y creéis que ese gallo negro era realmente el alma de Van Marius? dije por fin al buen hombre.

—¿Si lo creo? contestó. Estoy seguro.

—Pues entonces ¿que pensais hacer, maese Andrés?

—Es muy sencillo; voy á partir para Osterhaffen. Un hombre honrado no tiene mas que una palabra: he prometido á Van Marius concluir LA PESCA MILAGROSA, y la concluiré cueste lo que cueste. Dentro de una hora debe venir Van Eyck el tuerto á recogerme con su carreta.

Luego deteniéndose y mirándome fijamente.

—Ehl! dijo, á propósito... deberias acompañarme, Cristian; es una magnífica ocasion de ver la ENSENADA DE LOS ARENQUES. Y luego, no se sabe lo que puede suceder y me gustaría verte cerca de mí.

—Yo bien quisiera, maese Andrés; pero ya conoceis á mi tia Catalina; no creo que consienta nunca en eso.

—Tu tia Catalina... iré á decirle que es indispensable por tu instruccion que veas un poco la costa. ¿Qué es un pintor de marinas que no deja los alrededores de Leyda, que solo conoce el pequeño puerto de Kalwik? Vamos pues, eso es un absurdo!... Te vienes conmigo, Cristian, no hay mas que hablar.

Hablando así, púsose, el digno anciano, su ancha casaca roja, y cogiéndome enseguida por el brazo, condujome gravemente en casa de mi tia.

No os contaré todas las pláticas, las objeciones, las réplicas de que se valió maese Cappelmanns para decidir á mi tia Catalina á dejarme partir. El hecho es que concluyó por lograr su objeto, y que dos horas despues rodábamos hácia Osterhaffen.

Tres horas hacia ya que nuestra carreta, arrastrada por un caballito de Zuyderzée de grande cabeza, cortas y peludas piernas, y cubierto con una vieja piel de perro, corria de Leyda á la ENSENADA DE LOS ARENQUES, sin parecer haber adelantado una pulgada.

El sol poniente proyectaba sobre la húmeda llanura inmensos reflejos purpúreos; dibujábanse en las cristalinhas balsas los negros juncos, las cañas y colas de caballo que crecian en sus orillas.

Pronto desapareció el día, y Cappelmanns, saliendo de sus cavilaciones, exclamó:

—Cristian, envuélvete bien en tu casaca, bájate las alas de tu fieltro, y abrígate los pies con la piel.

—Hué... Barrabás... hué pues! andamos como limazas.

Al propio tiempo empinó su cántara de SKIDAM; luego limpiándose los labios con el revés de la mano, me la sentó diciéndo:

—Bebe un trago, para que la niebla no se te meta en el estómago. La niebla salada es la cosa peor del mundo.

Creí deber seguir el parecer de Cappelmanns, y este benéfico licor me puso pronto de buen humor.

—Querido Cristian, prosiguió el anciano maese despues de un instante de silencio; pues que nos vemos condenados á estar envueltos por la niebla cinco ó seis horas sin mas distraccion que fumar y oír el rechinamiento de la carreta, hablemos de Osterhaffen.

Entonces, empezó el buen hombre á describirme la taberna del BOTE DE TABACO, la mas rica en cervezas fuertes y licores espirituosos de toda la Holanda.

—Hallábase situada en el callejon de los Tres-Zuecos, me dijo. Se la conoce desde lejos por su ancho tejado plano y sus pequeñas ventanas cuadradas, abiertas á la flor de la tierra y que dan al puerto. En frente se eleva un colosal castaño; á la derecha, á lo largo de una pared cubierta de musgo, se encuentra el juego de bolos, y detrás, en el corral, viven mezclados centenares de pájaros, gallinas, pavos y patos, cuyos penetrantes gritos forman un concierto sumamente alegre.

»Respecto á la gran sala de la taberna, nada tiene de extraordinario; pero allí bajo las ennegrecidas vigas del techo, entre una nube de azulado humo, está sentado como en un trono, en un mostrador en forma de tonel, el terrible Herodes Van Gambrinus, llamado el BACO DEL NORTE.

»Ese hombre solo bebe dos medidas de PORTER; la AELE triple y el LAMBIC pasan por su estómago como por un embudo de hoja de lata. No hay sino la ginebra que



pueda acabar con él.

»Desventurado el pintor que pone los pies en aquel infierno!—te lo digo, Cristian, mas le valdria no haber nacido.—Apresúranse á servirle las jóvenes criadas de largas y rubias trenzas, y Gambrinus le tiende sus anchas y velludas manos; pero es para robarle el alma; el desventurado sale de allí, como los compañeros de Ulises salieron de la caverna de Circe.»

Habiendo dicho eso con aire grave, Cappelmans encendió su pipa y se puso á fumar en silencio.

Una profunda melancolía se habia apoderado de mí una tristeza invencible penetraba en mi alma. Parecíame que me acercaba á un abismo, y si me hubiese sido posible saltar de la carreta,—perdónemelo Dios!—hubiera abandonado al anciano maese á su atrevida empresa.

Lo que me detuvo, fué la imposibilidad de volverme á través de los desconocidos pantanos, en una noche sombría. Tuve pues que seguir la corriente y arrostrar la suerte funesta que preveía.

A eso de las diez durmióse maese Andrés empezando á cabecear sobre mi hombro. Yo me sostuve todavía mas de una hora; pero por fin la fatiga me rindió y á mi vez me dormí.

Ignoro cuanto tiempo disfrutamos del descanso, cuando detúvose bruscamente la carreta, y el conductor exclamó:

—Ya hemos llegado.

Cappelmans dejó oír una exclamacion de sorpresa, mientras que un estremecimiento recorria todo su cuerpo.

Aunque viviese mil años, no se borraría de mi memoria la taberna del BORE DE TABACO, tal como la ví entonces, con sus ventanillas centelleantes y su gran tejado que bajaba hasta algunos pies del suelo.

## Á POLONIA EN 1863.

¿Qué poderoso acento  
En la margen del Vistula resuena  
Que en impetu violento  
«Guerra, guerra» clamando al vago viento  
De pátrio ardor los corazones llena?

Triste un pueblo que gime  
De la opresion bajo la férrea planta  
Escúchalo, y sublime  
A quebrantar el yugo que lo oprime  
Contra el déspota fiero se levanta.

No al tirano homicida  
Bastó, Polonia, contemplar tus penas;  
Quiso al par que vencida  
Verte cantar su triunfo envilecida  
Al infausto rumor de tus cadenas.

Mas ah! nunca obediente  
Pudieras consentir en tal mancilla:  
Tu altiva y noble frente  
Antes que á su mandato omnipotente  
Rendir quisiste a su feroz cuchilla.

¿Cuántos, cuantos horrores  
Por verte subyugada desplegaron  
Los fieros opresores!...  
Contestaron con risa á tus clamores  
Y tu sagrada religion hollaron.

Cruelles!... ¿Quién pudiera  
Largo tiempo sufrir tal tiranía?  
Oprobio eterno fuera  
Cual corderos morir, sin que se uniera  
El grito de venganza al de agonía.

«Baste, Dios justo, baste;»  
Dijiste alzando las opresas manos;  
Y el hierro fulminaste,  
Y á la tremenda lucha te lanzaste  
Gritando con valor: ¡Fuera tirano!»

Mas ay! que cual torrente  
Que rauda baja de enriscada altura,  
Destruyendo potente  
Cuanto se opone á su veloz corriente,  
Y sembrando el terror por la llanura.

Asi se precipita,  
Polonia contra tí, su triunfo cierto  
Juzgando el Moscovita,  
Y al exterminio con su voz excita  
Al bárbaro cosaco del desierto.

Y sola, abandonada  
Te encuentras, oh baldon!... La culta Europa  
Te tiende una mirada  
De compasion tan solo, y descuidada  
Deja que apures del dolor la copa!...

«En vano, ay triste, en vano  
»Invocarás de Wola los laureles;  
»Dice el audaz tirano:  
»Esclava humilde besarás mi mano,  
»Y hollarán tus campiñas mis corceles.

»Tus guerreros vencidos  
»A mis plantas verás, y tus pendones  
»Do quiera escarnecidos:  
»En vano clamarás, que á tus gemidos  
»Sordas serán por siempre las naciones.»

¿Será verdad, Dios santo?  
¿Y podrá Europa contemplar inerte  
De ese pueblo el quebranto,  
Sin que responda á su dolor y llanto  
Con ronco grito de venganza y muerte?

No, jamás; que al acento  
De independendia, oh Pueblo, que proclamas  
Con heroico ardimiento,  
Responderán cien almas y otras ciento  
Que de entusiasmo con tu arrojo inflamas.

Presto tal vez la aurora  
Luzca en que fuerte la justicia vibre  
Su espada vengadora:  
Tal vez ya suena de expiacion la hora...  
Lucha, Polonia, en tanto y serás libre.

Lucha: tu causa abona  
La justicia de un Dios Omnipotente:  
Si el mundo te abandona  
La del martirio, celestial corona  
De tus guerreros ornará la frente.

Y al par tu claro nombre  
Justa la fama grabará en su templo;  
Entusiasmado el hombre  
Admirará por siempre tu renombre,  
Y á las naciones servirás de ejemplo.

José Lamarque de Novoa.

Sevilla.

APÓLOGO.

Brahma se mecia satisfecho sobre el cáliz de una gigantesca flor de Loto que flotaba sobre el haz de las aguas sin nombre.





La Majia fecunda y luminosa envolvía sus cuatro cabezas como con un velo dorado.

El éter encendido palpitaba en torno á las magníficas creaciones, misterioso producto del consorcio de las dos potencias místicas.

Brahma había deseado el cielo, y el cielo salió del abismo del caos con sus siete círculos y semejante á una espiral inmensa.

Había deseado mundos que girasen en torno á su frente; y los mundos comenzaron á voltear en el vacío como una ronda de llamas.

Había deseado espíritus que le glorificasen, y los espíritus, como una sávia divina y vivificadora, comenzaron á circular en el seno de los principios elementales.

Unos chispearon con el fuego, otros giraron con el aire, exhalaban suspiros en el agua ó estremecieron la tierra internándose en sus profundas simas.

Visnú, la potencia conservadora, dilatándose al redor de todo lo creado, lo envolvió en su ser como si lo cubriese con un inmenso fanal.

Siva, el génio destructor, se mordía los codos de rabia. El lance no era para menos.

Había visto los elefantes que sostienen los ocho círculos del cielo, y al intentar meterles el diente, se encontró con que eran de diamante; lo que dice sobrado cuántos duros estaban de roer.

Probó descomponer el principio de los elementos, y los halló con una fuerza reproductora tan activa y espontánea, que juzgó mas fácil encontrar el último punto de la línea de circunferencia.

De los espíritus no hay para qué decir que en su calidad de esencia pura burlaron completamente sus esfuerzos destructores.

En tal punto la creación, y en esta actitud los genios que la presiden, Brahma, satisfecho de su obra, pidió de beber á grandes voces.

Diéronle lo que había pedido, bebió, y no debió de ser agua, porque los vapores, subiéndosele á la cabeza, le trastornaron por completo.

En este estado de embriaguez deseó alguna cosa muy extravagante, muy ridícula, muy pequeña: algo que formara contraste con todo lo magnífico y lo grandioso que había creado; y fué la humanidad.

Siva se resfregó las manos de gusto al contemplarla.

Visnú frunció el ceño al ver encomendada á su custodia una cosa tan frágil.

Los hombres, en tanto, andaban mústios y sombríos por el mundo, ocultándose avergonzados los unos de los otros, cerrando los ojos para no ver á su alrededor tanto grande y eterno, y no compararlo involuntariamente con su pequeñez y su miseria.

Porque los hombres tenían la conciencia exacta del sí mismos.

—¿Quereis acabar de una vez con vuestros males? les dijo Siva. ¿Quereis morir?

—Sí, sí, exclamaron todos en tumulto. ¿Para qué queremos este soplo de existencia?

—Yo soy un estúpido, lo sé, y me avergüenzo de mi barbarie, decía el uno.

—Yo soy deforme, añadía el otro, á me entristece el espectáculo de mi ridiculéz.

Y tenemos estas y estas faltas y aquellas y las otras

miserias, proseguían diciendo los demás, enumerando el cúmulo de males y defectos de que entonces como ahora se hallaban plagados los hombres.

—Es cosa hecha, dijo Siva viendo la decisión de la humanidad entera.—Y levantó la mano para destruirla: pero en aquel instante se interpuso Visnú.

—Esperad un día, exclamó dirigiéndose á los hombres; un día no más. Voy á daros á beber un elixir misterioso. Si mañana, despues de haberlo bebido, quereis morir, que vuestra voluntad se cumpla.

Los hombres aceptaron, y Siva dejó su presa refunfuñando entre dientes, porque conocía el ingenio y travesura de su competidor.

Visnú, que efectivamente era hombre, digo mal, era dios de grandes recursos en las ocasiones críticas se las compuso de manera que á las pocas horas tenía ya hecho y embotellado su elixir, en tal cantidad que tocó á frasco por barba.

Pasó la noche, durante la cual los hombres no hicieron otra cosa que sorber por la nariz aquella especie de etér mágico; y cuando tornó á brillar la luz, vino Siva de nuevo á renovar sus proposiciones de muerte.

Los hombres al oírle comenzaron por maravillarse y acabaron por reírsele en las barbas.

—Morir nosotros, exclamaron, cuando un porvenir inmenso se abre ante nuestra vista!

—Yo, decía el uno, voy á conmover el mundo con la fuerza de mi brazo.

—Yo voy á hacer mi nombre inmortal en la tierra.

—Yo á avasallar los corazones con el encanto de mi hermosura.

Y así todos iban repitiendo:

—Morir, yo que siento arder en mi frente la llama del genio; yo que soy fuerte; yo que soy hermoso, yo que seré inmortal!

Siva no daba crédito á sus ojos, y una veces le daban ganas de rabiar, y otras de reír á carcajada tendida, ante el espectáculo de tan ridícula transformación. En aquel momento pasaba Visnú á su lado, y el genio destructor no pudo menos de dirigirle estas palabras:

¿Qué diantres les ha dado á esos imbéciles, que ayer estaban todos mústios, cabizbajos y llenos de la conciencia de su pequeñez, y hoy andan con la frente erguida, burlándose los unos de los otros, creyéndose cada cual un dios?

Visnú, con mucha sorna y dándole un golpecito en el hombro, se inclinó al oído de Siva, y le dijo en voz muy baja:

Les he dado el amor propio.

Gustavo Adolfo Becquer.

A MI QUERIDO AMIGO

D. NARCISO CAMPILLO,

POETA SEVILLANO.

SONETO.

¿Marchitóse el laurel que florecía  
Del Bétis en la mágica ribera,  
Dilatando su verde cabellera  
Desde el polo al ardiente mediodía?



No; que de tu laud á la armonía  
Su gala ostenta y su beldad primera,  
Y acaricianle en grata primavera  
El ave, el sol y la corriente fría.

Para premiar la inspiracion valiente  
De Herreras y Ryeñosos y Riojas,  
Dió de sus ramas el feliz tesoro.

Y hoy guarda el laurel para tu frente  
La ilustre pompa de sus nuevas hojas,  
Cual bronce eternas, fúlgidas cual oro.

Gumersindo Laverde y Ruiz.

(Oviedo.)

## MIS RATOS DE ÓCIO.

(que son los mas del año.)

PENSAMIENTOS QUE VERA EL QUE LE VERA.

### EL AMOR.

Amar, es el paraiso,  
ser correspondido, el cielo;  
no haber nunca amado, el limbo;  
dejar de amar, el infierno.

(Eguilaz.)

Muchos han escrito sobre el *amor*, plumas mejores  
certadas que la mia han promovido grandes debates acer-  
ca de su existencia, por eso tiembla mi mano al posarse  
en el papel, por eso necesito de todas mis fuerzas, para  
decir dos palabras más acerca de ese fuego divino que  
embarga nuestro sér, y que se anida en nuestro pecho.

No pretendo al trasladar aqui mi pensamiento alzar  
mi voz para imponer silencio á los que niegan su existen-  
cia ni á los que la reconocen.

Estas mal trazadas líneas son un desabogo de mi co-  
razon; solo despues de hecha esta advertencia me atrevo  
á seguir adelante.

El *amor*, es un sentimiento que se ha llegado á  
adulterar tanto ó mas que la amistad.

El *amor* segun un poeta es el ala que Dios ha da-  
do al alma para subir hasta él.

El *amor* al dinero en el siglo XIX es sin disputa el  
amor que tiene mas adoradores.

Generalmente hoy se abusa tanto de la palabra *amor*  
que la aplicamos á cualquier cosa.

El niño que desde sus mas tiernos años al ojear por  
primera vez la gramática que le entregan sus maestros  
para aprender el castellano, fija su vista en los verbos y  
tropieza con el presente de indicativo, *amar*: dá á esta  
palabra su verdadero significado.

Para él no existe mas *amor* que el de Dios y el de  
sus padres.

Para el jóven que ha llegado á cumplir veinte años el  
*amor* tiene otro objeto.

Unos ojos azules ó negros son los propagadores del  
incendio que tiene dentro de sí; para él no hay mas *amor*  
que el de la jóven que ha sabido con sus encantos hacerse  
dueña de su corazon.

A los treinta años cuando ya llega á ser padre de  
familia, el *amor* se recóncetra en ella.

La mujer que un día reinó en su pecho, yace olvida-  
da, el recuerdo de aquel *amor* desaparece ante el *amor* de  
sus hijos.

A la vejez vuelve nuevamente á comprender que el  
*amor* á Dios y á la familia, es el único *amor* verdadero.

Y no por eso se crea que queremos negar el *amor*  
ideal ó por mejor decir el *amor* puro de dos seres.

El *amor* con que todos soñamos en la primavera de la  
vida, es realmente un *amor* puro, un *amor* ideal, libre de  
todo sentimiento ni deseo mezquino ó material.

Pero ese *amor* es el sueño de un alma virgen, que  
aun no sabe lo que es el mundo; por eso, cuando pretende  
transmitir a otro ser aquel fuego que abrasa su corazon casi  
siempre se apaga abriendo sus ojos á la temible realidad.

Porque en el mundo es casi materia imposible en-  
contrar un alma que sienta como sentimos, que ame co-  
mo amamos y que corresponda como correspondemos.

La eternidad hay quien dice que es bello ideal del  
*amor*, como es el ideal de la fé.

Esta máxima pues, viene en apoyo de nuestras pa-  
labras.

El *amor* no existiendo en la tierra, puede existir en  
el cielo.

El *amor* es una llama sublime que se apaga con la hiel  
de los desengaños.

El *amor* segun los peetas es el alma del mundo.

El *amor* para mí, es un sentimiento que no se puede  
esplicar y que cada cual lo espresa á su manera.

Grandes filósofos, se han ocupado de su definicion y  
entre ellos no hemos encontrado dos de la misma opi-  
nion:

¿A qué es debido esto?

Solo á lo manifestado anteriormente.

El *amor* dicen que es ser dos y no ser mas que uno:  
un hombre y una mujer que se funden en un ángel, es el  
cielo.

Segun esto el *amor* no existe, porque hasta ahora na-  
die se ha transformado en ángel ni mucho menos la tierra  
en cielo.

El célebre Diogénes entre sus sentencias escribió la  
siguiente:

El *amor* es la ocupacion de los desocupados.

Por eso sin duda tanto pollo insolente y tanto vago,  
no sabiendo que hacer, se ocupan en perseguir al bello  
sexo, mintiendo *amor* á todas las mujeres.

Si ese es el *amor* confesamos que existe.

Pero hé aquí que continuando nuestro escrutinio en  
busca de las definiciones de *amor* encontramos esta otra  
de A. Karr.

El *amor* existe en el corazon; el objeto amado es un  
pretesto.

Y luego habla Byron:

El *amor* en la vida del hombre es ún episodio; en la  
de la mujer es la existencia.

Luego el *amor* segun esto no es tan innato en el  
hombre como en la muger, pudiendo existir en él altera-  
ciones.

Desques vemos que dice otro:

El *amor* es un destello de la divinidad que constituye  
toda la felicidad posible al hombre en la tierra, como ha  
de ser su eterna dicha en el cielo.

Y á continuacion leemos:



El amor es el falso extasis de una imaginación acalorada.

Al llegar á este punto no puede uno menos de exclamar:

¿En qué quedamos?

Ni un rayo de luz han arrojado sobre el amor los que hasta el día se han ocupado de él ¿podremos nosotros arrojarlo?

Creemos ya haber dicho que nó, amparando estas reflexiones bajo la advertencia de que son un desahogo de nuestro corazón.

El amor tal como hoy se comprende no es el sentimiento puro que ya hemos explicado, es el deseo más ó menos vehemente que se apodera de nuestro ser y que desaparece con la posesión de la persona que se desea.

El amor es sinónimo de muchas cosas.

El amor en esta época lo constituye un buen traje unido á un buen reloj con su cadena y unos cnantos duros en el bolsillo.

La Castellana y el Prado son los sitios donde se trafica más con el nombre amor.

Para que se comprenda mas facilmente vamos á copiar una escena al natural y de las que pasan en dichos paseos.

Juan (supongamos que el doncel se llama así) es un, muchacho feo de alma y cuerpo, pero que en cambio posee elegantes modales y baja todas las tardes á la Castellana montado en un caballo *pur sang*.

Julia es una pollita muy linda que sabe cantar, bailar y saludar en francés segun la moda.

Ernesto es un pobre estudiante que quiere con todo su corazón á Julia porque es guapa.

Para Ernesto el amor consiste en la hermosura del cuerpo.

Una tarde Julia sale á paseo y tras ella vá el rendido Ernesto.

La niña no hace mas que dirigir miradas á su amante, que se llena de orgullo ante tales pruebas de amor.

Pero he aquí que al llegar á la Fuente Castellana aparece Juan, gine en su caballo.

Julia le mira sonriéndose.

Juan repara en Julia y se queda estasiado ante su belleza.

Ernesto permanece entre tanto mudo é inmovil.

Julia ya no le mira, pero en cambio no aparta la vista de Juan.

Al día siguiente este pasa por su calle.

Julia há reparado en que el sombrero de Juan es mas moderno que el de Ernesto, que la levita de éste no es de un corte tan elegante como la de aquel y que pasea á pié cuando el otro lo hace á caballo.

Hechas estas consideraciones, Julia traspasa el capricho á que dá el nombre de amor de Ernesto á Juan.

Y como esta escena suceden muchas diariamente.

El amor existe hoy en las novelas.

Elvira y Abelardo, Julieta y Romeo, Isabel y Marsilla son personajes que pertenecen á la historia.

Del siglo del romanticismo hemos pasado al del escepticismo.

Del amor ideal al material.

Un amor existe sin embargo puro como es pura la gota de rocío que brilla sobre la hoja de una flor.

Hablamos del amor de madre.

Ante este sentimiento las pasiones callan, y la pluma no se atreve á continuar.

¡Dichoso el hijo que no comprende otro amor que el de Dios y sus padres! ¡Dichoso el hombre que consagra su vida haciéndose digno de los que le dieron el ser!

E. de Lustonó.

## MESA REVUELTA.

Hace tres ó cuatro días que se encuentra entre nosotros el ilustrado y conocido literato señor don Javier Ramirez, uno de los redactores de *La Democracia* que con mas aceptación son recibidos sus escritos.

El señor Ramirez es muy conocido en el mundo literario, y sus producciones le han hecho alcanzar un lugar muy preferente.

Damos la bien venida á el autor de *La culebra en el pecho* y otras muchas composiciones aplaudidas en nuestros teatros.

Tenemos que celebrar el celo é inteligencia del director de la fábrica del gas Mr. Leloup, por el buen gas que nos está proporcionando, apesar de los muchos inconvenientes con que tiene que luchar en una fábrica, que no está montada con todos los adelantos que trata él de poner en el proyecto que estudia, para el nuevo establecimiento que se ha de construir en el barrio de Extramuros.

El teatro Principal no se ha visto nunca tan bien alumbrado como se halla en la actualidad, estando el público muy satisfecho de ello.

Celebramos que el señor Leloup siga del mismo modo, seguro de que ha de merecer los aplausos de los consumidores.

En la noche del Miércoles 29 se verificó en el teatro Principal el estreno de la compañía lirica, é hicieron su debut la Sra. Sonieri, y los Sres. Nicolini y Farvaro, siendo todos los artistas bien recibidos del público. El *Rigoletto* fué la ópera cantada, y los actores fueron colmados de aplausos. En nuestro próximo número volveremos á insertar las críticas musicales detalladas, que la anterior temporada fueron tan bien acogidas por nuestros suscritores.

## IMPORTANTE.

Advertimos á nuestros suscritores y corresponsales, que el Sr. D. José María Mejias es el encargado de la administracion y despacho del periódico, á cuyo nombre se dirigirán las correspondencias y reclamaciones.

PUNTOS DE SUSCRICION.—En Cádiz, en la imprenta de LA ILUSTRACION GADITANA, calle de S. Miguel, número 18.—Librería de D. Eduardo Gautier, calle de San Francisco.—Librería de los señores Verdugo, Morilla y Comp.<sup>a</sup> Plaza de S. Agustin.

EDITOR RESPONSABLE:

DON JOSE MARIA MEJIAS.

CADIZ 1864.

Ilustracion gaditana, San Miguel, 18.